

NO me cae mal Josep Piqué. Me parece un político moderado, con brillo propio, aunque no sea el modelo de líder carismático, y posiblemente se vea eclipsado por esa trampa que para el Partido Popular representa una Cataluña en la que el sentimiento nacional se ha convertido en un tótem. Es probable que a la mayoría de los catalanes se les de una higa todo el debate político sobre nacionalismo, pancatalanismo y otros inventos, pero la presión institucional está ahí, en forma de normas draconianas para la *normalización lingüística* y de aislamiento a quienes osen sentirse españoles. El Tinell, el notario de Mas, los *cordones sanitarios*, han debido de ser auténticos agujijones para los catalanes del PP.

No sé si el enfoque político de Piqué ante la situación de Cataluña ha sido el más adecuado para los intereses populares, como tampoco me aventuro a pronosticar sobre los resultados de su sustitución contra reloj. De lo que sí estoy convencido es de que ha hecho lo mejor: la dosis de sapos que cada político puede desayunarse no es ilimitada y llega el momento en el que, antes que sufrir bascas, es mejor hacer mutis por el foro. El atribulado Piqué se queja de las mezquindades y miserias que ha padecido. No me extraña que se lamente. Por algún estúpido motivo la vida política se convierte con facilidad en campo de Agramante.

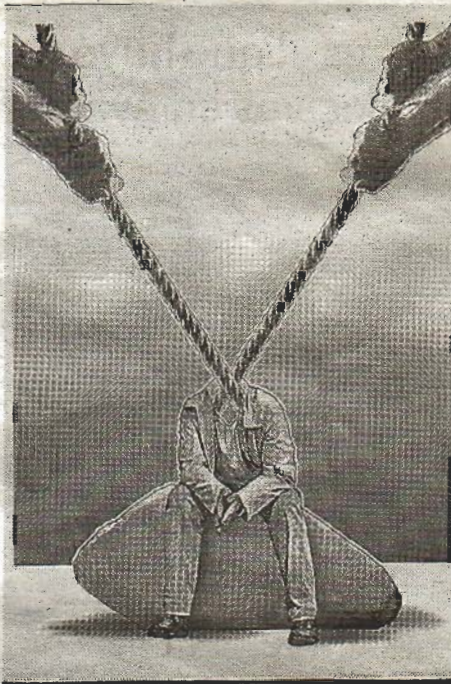
¿Tendrán algo que ver las batallas políticas con aquéllas guerras floridas de los aztecas, en las que se trataba de capturar el suficiente número de enemigos para sacrificar a los dioses y garantizar así su benevolencia? Cubierto el cupo, acabada la guerra. Sustituylamos los templos por las sedes de los partidos, los sacerdotes por los *apparatchik* y los guerreros prisioneros por los *outsiders* voluntarios o forzosos. Lo que pasa es que para las víctimas precolombinas el sacrificio no dejaba de ser un honor. Otra cosa deben de pensar los defenestrados de hogaño.

No sé si el ejemplo anterior es el más afortunado. Tampoco me constan los intríngulis del caso de Piqué. Ignoro así mismo si entre las afrentas que haya recibido está la repugnante acusación de ser un ambicioso desmedido, estadísticamente proveniente con facilidad de quien ostente dieciocho cargos y quiera, además, el del otro. O el tener que soportar que gentes sin oficio ni beneficio, cuya única aspiración es vivir de la política, le señalen con el dedo, a él que tiene la vida hecha antes de entrar en estos berenjenales, y le recriminen querer perpetuarse. O soportar el acoso de gentes incorporadas al partido cuando el vien-

Mezquindades, miserias, adiós

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«En este ambiente enrarecido suelen florecer los populistas, que arrastran a muchos a base de mucha demagogia y poca sutileza, hasta los linderos de la democracia, donde acampan hasta que encuentras ocasión de rebasarlos»



to soplaba propicio, dando ahora lecciones de cómo se es un buen militante. Si, además, le tocó lidiar con los maledicentes, calumniadores y difamadores que no encuentran obstáculo en la viga de sus ojos para señalar la paja del ajeno, aviado iba.

Hombre, a lo mejor no ha sido para tanto. Es posible que los ambles lectores piensen que el panorama que pinto es un tanto alarmante, quizá un punto dantesco. Bueno, a su imaginación lo dejo. Pero insisto en que cuando las cosas se fueren hasta determinado punto es mejor irse, en beneficio de la propia salud y del propio partido. Los ambientes enrarecidos son poco propicios para recolectar frutos. Los enfrentamientos políticos no son eutrapelias y las heridas encuentran en el tiempo y la distancia la mejor terapia.

Supuesto esto, ¿es la política un pantano hediondo donde quien ose aventurarse

será víctima segura de tercianas? No, eso es una exageración. La política es buena, es necesaria. No puede pensarse en una sociedad gestionada sin política de por medio. Otra cosa es que los malos usos de tantos políticos hagan que la percepción de la política sea negativa. Ante muchos ciudadanos, ésta actividad se representa como antipática e incluso odiosa, provocando un distanciamiento peligroso entre la ciudadanía, que quiere menos circo y más seriedad y sus gestores, que tantas veces andan enredados en dimes y diretes. En este ambiente enrarecido suelen florecer los populistas, que arrastran a muchos a base de mucha demagogia y poca sutileza, hasta los linderos de la democracia, en los que acampan hasta que encuentran ocasión de rebasarlos.

Don Gregorio Marañón, con su habitual agudeza, dejó dicho que «la dictadura no se evita declamando contra ella, sino haciéndola innecesaria con nuestra rigurosa disciplina del deber». En el camino de esa disciplina sería bueno que se encontraran los comportamientos internos y externos de los políticos. Hay que clamar a voz en grito por la democracia, pero no sólo en las tribunas públicas, en los estrados mercadotécnicos de los mítines, en las televisiones en las que aparecen nuestros representantes en poses calculadas al milímetro. También *intra portas*.

En fin, el caso Piqué no es el único ni lo será. En todas partes cuecen habas. Eso sí, como los molinos de los dioses muelen despacio, no sabemos qué será del futuro político de nuestro personaje, al que tengo por político de raza. Si bien de momento opta por hacerse seguidor de Horacio o de Fray Luis, cantores de la vida retirada, cualquiera sabe si cerca de su casa se escucharán cantos de sirena. Mientras tanto, no es mala cosa intentar encontrar alguna moraleja en su marcha.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ. Ex concejal en Zafra